

Germán Luco.

# EL PERFECTO FUNCIONARIO

## HISTORIA PRELIMINAR

**C**UANDO a don Diómedes Abarzúa le dieron el primer biberón, ya su madre descubrió en su avidez golosa los síntomas claros de un futuro funcionario.

Porque los hombres nacen con un destino, como los gatos con la tendencia de la caza y los perros con el instinto del ladrido y del mordisco.

Hay signos del zodiaco, que adentran su tatuaje determinativo en la médula de cada cual.

La emoción, la genialidad, el espíritu, la avaricia o la bovina estulticia se forman en cada individuo, apenas desecha el claustro materno a ese feto blanducho y rosadote, que aturde al mundo con sus berridos de libertad.

Don Diómedes Abarzúa fué funcionario antes y después del parto.

De pequeño tuvo una estadística de sus juguetes y una estricta disciplina para sus actos naturales.

Con tales virtudes, no era extraño entonces, que este Diómedes alcanzara con paciencia china y meto-dismo sajón hasta ocupar el cargo de Jefe de una repartición pública en la progresista ciudad de Paso del Gato.

Cuando el prójimo en cuestión llegó a este pináculo provincial, sus abriles habíanse sucedido cincuentas

veces consecutivas en el rutinario almanaque del oficialismo administrativo.

Nos podemos economizar la descripción física de don Diómedes, porque el lector debe saber, que todos los empleados públicos, con pequeñas variaciones, tienen una fisonomía peculiar, casi uniforme y que les imprime el carácter de sus funciones. Era un todo opaco, intrascendente y hasta poco aprovechable para las especulaciones antropométricas y de ningún valor para el examen psicológico.

Sin embargo, hay que anotar su característica dorsal, es decir, el complemento indispensable de su humanidad, consistente en una amplia aceitada y dócil bisagra, dispuesta con disciplina para las reverencias, destinadas exclusivamente para todos aquellos de mayor categoría en el escalafón, de mayor fortuna o de mayores influencias en los dominios de la política.

En cambio para los inferiores en renta, situación o influencia, Diómedes poseía el protector guiño de ojos, el «como le va» y el estrellón sonoro de su omnipotencia.

El portero de la Oficina debía retroceder para no volver la esfera posterior al magnate y para concurrir a ciertos sitios íntimos y privadísimos se colocaba en ambas manos esos guantes de cauchú, que inmunizan a los cirujanos en sus descuartizamientos clínicos.

Como todos los galeotes de la disciplina y los prometeos de la constancia, don Diómedes Abarzúa habíase uncido a una mujer «aguantadora», plebeya, de recias carnaduras, toscona de maneras y que le dispensaba todas las pleitesías imaginables, como si fuera la comparsa de un Marajah o la simple concubina de un dispendioso Rey del celuloide.

De ese matrimonio de aparejamiento material nacieron hasta ocho macacos con la tiesura del padre y la mansedumbre maternal. Diómedes 2.º, Nicolás, etc., etc. . .

Ella que conocía toda la vida de esfuerzo de su marido funcionario, su escala de ascensos sin rebeldías, su paciencia de cenobita y su matrerismo administrativo, parecía el «Cuentas Corrientes» de los sucesos íntegros del poderoso señor de ahora.

Y callaba y sonreía, acariciándose con su lengüilla los bigotes reacios al depilatorio, cuando en la provincia inefable y cursilona recibía los parabienes a su categoría de «señora del funcionario».

Y se lo merecía doña Rita.

25 años planchando el filo impecable de los pantalones de Diómedes, gastándose los dedos con el pañito untado en bencina para desgrasar los codos y el cuello de los vestones, matizando las corbatas con los trajes y venciendo la vejez del calzado a fuerza de felpas y Nuguet...

Todo por la gloria funcionaria y para que los 8 ombligos descendientes del prócer pudieran exclamar mañana: «el papá funcionario»...

Don Diómedes no se había demostrado ni buena ni mala persona, como no podrían descubrirse signos virtuosos o depravados en un saco de camotes.

Era una máquina, o mejor dicho una ruedecilla del mecanismo administrativo, con 8 horas diarias de asistencia a la Oficina, sábados ingleses y domingos libres.

Días lunes, miércoles y viernes: ropa azulmarino, zapatos bayos y corbata gris perla...

Días martes, jueves y sábado: ropa café, zapatos negros y corbata ladrillo con florones negros...

Días domingos y fiestas de guardar, aniversario, etc., tenida Barros Jarpa, hongo, corbata amatista con prendedor de camafeo y zapatos con caña de ante gris. Después del almuerzo, cigarro habano y club...

Jamás, como lo sabía su esposa en sus entretelas sentimentales, Diómedes había sido adúltero. Nunca

se le había conocido un desliz ni una preocupación de pulso acelerado.

Las dactilógrafas de su Oficina eran sagradas para el dominador de todos los supernumerarios del mundo. Su corazón era invulnerable, seco como un sarmiento, fuerte y acorazado para las asechanzas, como si le hubieran restado toda percepción con una guta-percha doble.

50 años castos y sujetos a la brida conyugal, como el asno de la noria. Sin embargo, cuando fué destinado a la provincia de «Paso del Gato», parece que los últimos fervores de la sangre agitaron su encéfalo y prendieron los brotes de una juventud precaria.

En el ambiente provinciano, en que se apeñuzcan las pasiones y el trato toma singularidades muy íntimas, don Diómedes sintió nuevas necesidades y pensó, antes de iniciar su expediente de jubilación, en una aventura amorosa.

Tenía en sus manos poderes ignorados para triunfar.

El «Paso del Gato», cuyo clima húmedo era proverbial, las gentes se dedicaban a la procreación consciente, así es que por razones selectivas de la especie se destacaban algunos productos femeninos de innegable belleza y consumada factura.

Diómedes confeccionó, según su hábito, la estadística de las mujeres del pueblo en estado de merecer sus favores y después de grandes cavilaciones, que casi lo llevaron a la meningitis, escribió en su Agenda de bolsillo:

«Mujer ideal—Rubia, de cuerpo esbelto y con ademanes provocativos. Situación económica no muy buena. Facilidades de tramitación: «mujer de un empleo subalterno»...

Y ese día, satisfecho de su elección, cuando llenó su oficina como un brazo de mar, imponente y severo, al encontrarse con el marido de la elegida, se permitió

la confianza de golpearle el hombro y decirle con exquisita condialidad:

—Como le va... miii... amigoooo!

### DIÓMEDES TRAMITA

Los apetitos contenidos durante medio siglo de existencia se abrieron en Diómedes en forma detonante. Así como los nuevos ricos, que la fortuna encumbra en categoría inmediata desde la franciscana pobreza a la más brillante expectación, Diómedes, envenenado por el deseo elevó hasta la hiperestesia su corazón, sus nervios, su sueño y hasta su médula funcionaria.

El que ántes fué la concreción de la disciplina, la exactitud determinativa, el resolutor de todas las ambigüedades administrativas, empalidecido como un cadete y agonizante de voluntad, se entregó al delirio de ese deseo mortal, que la caligrafía de su Agenda lo indicaba como su camino a Damasco...

La rubia flexible y ondulante le quemaba los sesos!

El hogar le mortificaba, la Oficina con su enclaustramiento de 8 horas, apenas le dejaba tiempo para el deleite de sus proyectos y como las decencias o conveniencias sociales, le impedían realizar im-promptu los desatinos de su amor, el probo funcionario se violentó de tal manera en su vida íntima y en sus desempeños oficiales, que la psiquiatría llegó a temer la consumación de una desgracia irreparable.

Empero, Diómedes, con régimen estricto de dietas y fosfo-muriato de quinina logró recuperar su estabilidad física.

Fué, entonces, cuando el nuevo vigor le iluminó para proseguir sus planes amorosos.

Un timbrazo... un decreto y el primer paso de avanzada quedaba marcado en la historia de Diómedes.

El subalterno cónyuge de la elegida fué enviado en «comisión del servicio» a una zona lejana...

La plaza quedaba pronta para el asedio.

En el cerebelo de Diómedes se estamparon más nítidas las escenas de ese amor, que le había conturbado sus horas hasta las proximidades de una tragedia.

Y una tarde propicia, Diómedes agitado por las violencias de la diástole y la sístole, se encaminó a la casa de la rubia ondulante. Su mujer propia, desconoció los afanes del conquistador, su nerviosidad, sus ademanes y hasta esa elegancia improvisada con las prendas más escrupulosas de su ropero. Jamás lo había visto tan ágil, tan risueño y condescendiente.

La buena mujer pensó en un ascenso, en una nueva condecoración administrativa para Diómedes, cuando éste salió del hogar envuelto en la aguda serpentina de una canción de moda silbada a pleno pulmón optimista.

Un calor inefable circulaba por los sentidos de nuestro héroe.

Las casuchas del aldeón le parecían magníficas, las gentes cordialísimas y simpáticas y el aire sedante de la tarde otoñal se le adentraba en la sangre con saludable energía.

Qué excelencias ignoradas reservaba la vida para los probos funcionarios.

## LA HORA

Existen dos cosas substancialmente diferentes, pero que producen idénticos efectos: el examen de bachillerato y la primera declaración de amor...

La promoción universitaria y la escaramuza inicial del amor causan esa sequedad en la garganta, esa laxitud o agotamiento nervioso, que aniquila toda decisión haciendo de nuestra línea determinativa un bailable o una tembladera.

Se pierde la normalidad y nacen en el individuo las reversiones del yo ponderado y eficaz.

Por eso, cuando Diómedes oprimió el botón de la campanilla anunciando su presencia en la casa de la rubia ondulante, trató de disimular su angustia anudándose en el vértice de su cuello inmaculado la flamante corbata de seda clara.

En el pequeño recibimiento una mucama con trazas aborígenes, trataba de ordenar las gardenias, que Diómedes había anticipado, siguiendo las cortesías preliminares de toda visita galante o con intenciones de tal.

A poco, la sonrisa fresca y el rubio temblor de la deseada inundaron al huésped. Una penumbra propicia borraba los contornos del mobiliario y por entre las venas luminosas de los postigos jugueteaban los átomos y las moscas.

Se habló de los merecimientos del marido ausente, de su conducta intachable y del mérito que significaba su comisión actual.

Ella entornaba los párpados disimulando su ruboroso orgullo.

Y así se sucedió media hora, hasta que Diómedes, alentado por el ambiente fácil y la obsequiosa dulzura de la cara mitad del subalterno, inició su estudiada declaración.

—Ud... señora...

—Nena... Dígame Nena a secas!

—Agradecido... Ud., Nena, debe excusar mi impertinencia al venir a su casa sin previa invitación, pero hay circunstancias y fuerzas mayores que nos impulsan violentamente... Empiezo por excusar mi atrevimiento.

—Es Ud., muy fino, don Diómedes.

—Llámeme Diómedes solamente...

—No podría señor Abarzúa...

—Ensaye Ud... Encontrará Ud., absurdo que venga a visitarla en ausencia de su marido, pero...

—Lo comprendo.

—Yo necesitaba hablar a solas con Ud... Hace tiempo... ¿No ha notado Ud., algo raro en mi actitud?

—Sí, el viaje repentino de mi marido...

—Se lo confieso candorosamente... Yo inventé esa comisión para proporcionarme esta oportunidad, que al fin ha llegado. Yo la admiro a Ud., con ansias, con delirio... No duermo, no vivo sino pendiente de esa cara que me ha embrujado, desequilibrando la paz de mi conciencia... Deme Ud. una esperanza; diga una sola palabra de alivio...

—Ud. me confunde don Diómedes... Acuérdesse de mi situación.

—Estoy dispuesto a sacrificar todo lo que sea posible. Una obsesión a mis años es fatal...

—Cálmese Ud. Hable despacio, mire que la servidumbre espía...

—Ud., no me puede despreciar... Entiéndalo bien.

—Si es Ud., caballero, tenga la bondad de retirarse de mi casa. Ahora comprendo la excusa anticipada de su impertinencia...

—Ud., olvida mi categoría superior...

—Ha demostrado Ud., lo contrario... Adiós señor...

Y la puerta de calle se cerró violentamente, mientras el infortunado funcionario enjugaba su copiosa transpiración y las piernas apenas le obedecían en su fuga precipitada.

Se había injuriado su dignidad, despreciando su influencia todopoderosa y colocándole en la situación más ridícula a que puede hacerse acreedor un hombre en estos trances.

Por la esclerótica de sus ojillos tenebrosos pasó un golpe de sangre iracunda y en las comisuras de los labios sintió la acre espuma de la hidrofobia.

Despreciaba a toda la humanidad y se despreciaba él, en su propio fuero.

Tres sílabas amargas se le clavaron en las paredes del cerebelo, como la acusación manifiesta a su torpeza:

«IN-CA-PAZ».

Pero él debía vengar su honor...

### LA VENGANZA

Un hombre cualquiera, que ha fracasado en una aventura de esta especie se olvida de ella y simplemente la tarja en la Agenda de sus perspectivas.

Pero Diómedes no podía hacerlo así. Iba en ella la esperanza total de su vanidad, así es que, insistió, imploró la misericordia de la rubia y como no pudo alcanzar el privilegio soñado, ideó su venganza.

El subalterno fué llamado apresuradamente a «Paso del Gato», dándose término perentorio a su comisión y sin explicaciones previas.

Cuando firmó la orden, dijo Diómedes al Jefe de Sección:

—He descubierto ciertas inmoralidades en la vida privada de este señor y por el prestigio de la repartición que represento, debe comparecer inmediatamente a vindicarse.

Y con el placer morboso que destila la pasión vengadora, Diómedes rubricó la orden, imaginándose anticipadamente la amargura que iba a desparramar sobre ese hogar y el tardío arrepentimiento de la rubia, incomprensiva del porvenir administrativo de su marido...

Trataría de aniquilarlos, de hacer expulsar al marido del servicio, inventando fácilmente todas aquellas pequeñas calumnias que desvalorizan la vida de los empleados y los convierten en reos de un Juez inape-

lable: el Jefe. Don Diómedes ponía un precio insignificante en esta lucha desigual.

Ella, que había sentido en sus oídos el temblor apasionado de sus palabras calcularía hasta donde conviene el sacrificio que debe aportar la mujer legal para los éxitos del marido.

El honor del hogar, pensaba Diómedes, es una baratija ante las consideraciones preeminentes con que condecora y dignifica la Administración Pública.

Hay que tener temperamento de empleado público antes que nada y por sobre toda otra consideración. Envergadura funcionaria, eso es.

.....

—Lo dicho, exclamó Diómedes, golpeando encima de un legajo de trámites. Lo he llamado para que me explique los rumores que circulan en «Paso del Gato», de la actitud bastante indecorosa de su señora... Yo como Jefe, debo vigilar y juzgar su vida privada y no tolero, entiéndalo bien, que se murmure de la moral del personal a mis órdenes. Su esposa se sienta en la plaza pública luciendo hasta las ligas y en vez pasada estaba reunida con un grupo celebrando algunos cuentos verdes... Tampoco va a misa y se negó a ser socia cooperadora de «Las Hijas de la Buena Lengua»... ¿Qué significa esto? Yo no lo puedo tolerar... Presénteme en el acto una solicitud por 15 días de permiso sin goce de sueldo... ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor, tartamudeó el subalterno, destrozándose los dedos para no deshacer de una bofetada a don Diómedes.

—Puede retirarse...

Empezaba, pues, su venganza. Qué satisfacción tan agradable se escurrió por sus venas, como un vino generoso, cuando vió al desgraciado subalterno resbalar con torpeza en demanda de la severa mampara.

Dentro de cinco minutos el hogar de ella, sentiría caer con estrépito el rayo de su omnipotencia.

Y todo por restarle una condescendencia a su amor puro, desinteresado y romántico, que lo había acercado a los umbrales de la locura.

Qué imbéciles son las mujeres de algunos empleados!...

### EN PASO DEL GATO...

En «Paso del Gato» la vida del prójimo se adivinaba como la suerte del naipe gitano. Lo que no era real se inventaba y lo que era verdad se aumentaba con la ociosa imaginación de quienes viven pisándose los talones y hurgándose los piojos del chisme. Hasta los varones más graves y ponderados se contagiaban con esta sífilis de la lengua. Todas las mujeres eran adúlteras y todos los hombres incestuosos o ladrones.

Nadie se escapaba en la feria de la mutua murmuración.

Cuando don Diómedes apenas firmó la orden que suspendía al marido de Nena «por 15 días sin goce de sueldo», ya todos los habitantes de «Paso del Gato» sabían los pormenores de tan importante determinación administrativa.

La visita de don Diómedes, el rechazo de la rubia ondulante, el llamado urgente del marido, la licencia obligada y hasta los términos de la entrevista entre el Jefe y subalterno se oían en todas partes, como el bocadillo exquisito, indispensable para la nutrición poblana.

En esos días había muerto Amundsen, pero nadie le dió importancia al santo héroe polar, ante la trascendental novedad, que corría como mercurio disperso por las calles y plazas, boticas y sacristías de «Paso del Gato».

El pobre subalterno y su mujer debieron encerrarse en su casa y aunque los muros eran de metro y medio de espesor, hasta ellos llegaba, a la sordina, la

murmuración que crecía en el pueblo con estrépito huracanado.

Se terminó la licencia de 15 días y el marido fué incapaz de concurrir a la Oficina y valiéndose de una carta, pidió se le ampliara su inasistencia sin «goce de sueldo» para trasladarse a la capital a conseguir su traslado.

Y el marido, abrumado de conjeturas, no volvió más a «Paso del Gato» y la rubia ondulante se esfumó del pueblo, donde el deseo se había tendido en su demanda como la cautelosa red de los pescadores.

Y como la mejor solución para hacerse olvidar de los habitantes de «Paso del Gato» era abandonar el pueblo, los hombres y las mujeres cambiaron de tema y el recuerdo despuntaba en las lenguas viperinas, sólo cuando don Diómedes balanceaba su trascendencia en lugares públicos.

## EPÍLOGO

El loco por la pena es cuerdo, dice el añejo refrán...

Don Diómedes empezó lentamente a sufrir las nostalgias de la Nena.

Tenía sueños lúbricos, impúdicos, en que danzaban los pies desnudos de ella sobre su frente afebrada o envolviéndolo en el vértigo perfumado de sus brazos y ofreciéndole espontáneamente los labios húmedos, lujuriosos, mientras sus ojos dorados se velaban en íntima reconcentración del placer.

Muchas noches los gritos de Diómedes sobresaltaron a la señora Rita.

Amanecía agotado, con los ojos extraviados en panoramas de fiebre y la cabeza llena de humo.

Apenas podía firmar el despacho urgente.

Los minutos caían del péndulo como gotas de plomo ardiendo y hasta los ruidos más insignificantes se proyectaban en las paredes craneales como un torbe-

lino de ecos malditos, de agudas prolongaciones e insistentes sonoridades.

La rubia ondulante, como el fantasma de su conciencia, surgía del vaho de la sopa, del tintero de su Oficina, del affiche del cine, de la copa de whisky-sawers y en las noches llegaba hasta materializarse en su cuerpo y en su deseo febril.

La enajenación o la demencia, se deben, según afirmación de las enciclopedias, a que las facultades intelectuales, morales y afectivas no han adquirido nunca un desarrollo suficiente, o a que después sufren una perturbación o a que se debilitan por la edad provectora o por la senilidad prematura.

Ese amor, que soñó Diómedes con furores vesánicos y en el que puso toda la fe de su vanidad, le había perforado la masa encefálica, como el plomo de una bala certera.

Y por ese ojal de su fracaso se le iban las ideas, en torpe desbandada, dejándole un hueco profundo, blanco y doloroso, donde no cabían ni la disciplina, ni el orden, ni la estadística, ni la voluntad, ni la memoria, que fueron antes los dones maravillosos del funcionario.

Empezó a hablar incoherencias, a adoptar maneras impropias y hasta hizo ampliar la fotografía de un paseo campestre en que aparecía ella, para colocarlo en su despacho público, ante la sorna de los empleados.

¡Siempre ella!

Obcecado, delirante, por el fantasma imperturbable que le seguía con su ritmo de culebra y con sus ojos dorados.

Una mañana, mientras se afeitaba, sintió agitarse sobre su individuo normal, la tremenda crisis nerviosa y las siete garras negras de la locura le quitaron el control y trató de partirse la carótida con el filo de la navaja. Y llenó la casa de gritos y de nombres, de palabras agresivas y de imploraciones lastimeras.

—Nena! Vengan a salvarme...! Mi Nenaaaa!

El diagnóstico fué fácil para el médico, que concurrió apresuradamente al llamado de la familia de don Diómedes.

Por los prologémenos de la enfermedad y los síntomas evidentes del funcionario, se trataba de una psicosis, es decir, un total desequilibrio psíquico.

Las demostraciones del enfermo delirante, su espíritu de convencer con intransigencia que él encarnaba a Rodolfo Valentino y las crisis continuas y persistentes de ira, denotaban sin esfuerzo a un loco furioso.

El médico le suministró una dosis fuerte de bromuro y veronal en agua azucarada, colocándole camisa de fuerza para la seguridad de los demás habitantes de la casa.

En la tarde de ese mismo día, el médico, premunido de su trócar para punciones lumbares le extrajo líquido céfalo raquídeo.

El examen serológico de la reacción Wassermann y el examen citológico del líquido extraído del bulbo raquídeo, dieron un «positivo» subrayado y mayúsculo.

Don Diómedes estaba loco...

—Que pase esa mujer, decía, extendiendo los brazos en demanda de la imaginaria visitante, hasta donde se lo permitía la camisa de fuerza.

Y luego entablaba románticos diálogos y apasionados y tiernos parlamentos. Y cuando su delirio febril lo llevaba al paroxismo, a la exaltación de sus sentidos, besaba con voluptuosidad las mesas, las sillas, los barrotes del catre...

Hasta que el cansancio le rendía abrazado a algún objeto, con la mirada vaga, perdida en lontananzas lujuriosas, el pecho palpitante, la lengua afuera de la boca, como si le hubieran extrangulado...

¡Enfermo incurable por unos ojos dorados!

¡Había conseguido la jubilación con su propia vida!